

XXXV.- GUILLERMO, UN PROBLEMA

Desde que tenía uso de razón había desconfiado de los policías, y éste no era una excepción. La incoherencia de su comportamiento y sus palabras podían ser síntoma tanto de estupidez supina como de extraordinaria habilidad. Sin embargo dado el natural mezquino de la mayoría de policías con los que había tratado hasta entonces Francesco se inclinaba por la primera opción. En cualquier caso si el inspector García se volvía un incordio él aún reservaba un as en la manga, un complaciente, pero caro, “socio” español cuya posición le otorgaría un margen de seguridad en caso de necesitarlo. A pesar del alto coste de este “seguro” y a haber decidido, casi desde el principio, que no haría uso de él mientras pudiera evitarlo, contempló seriamente la posibilidad de hacerle llegar un aviso.

Al dar media vuelta, después de cerrar la puerta tras el inspector García, Francesco se sintió como golpeado por la mirada de Susana al tiempo que alcanzó a ver los últimos pasos del restaurador en lo alto de la escalera abriendo, sin fijarse, el sobre certificado que había recibido.

Tanto mejor. En aquel momento necesitaba unos momentos de intimidad con ella.

La visita del inspector había resultado providencial, pues él, sabedor de la inconsistencia de su historia, había confiado únicamente en la ambición de Susana y en el poder de la negación fruto de su amor, para convencerla, pero esto, sin duda, se había convertido en una prueba de fidelidad, una prueba crucial que determinaría el futuro de su relación y sólo en parte el de su proyecto de control del mercado artístico. Si Susana albergaba alguna

duda la corroboración que el inspector había hecho de su versión la había disipado completamente.

- Ahora no me cabe duda de que esta criatura nunca dudará de mi palabra –pensaba Francesco mientras se acercaba al despacho acristalado-. Realmente me ama, y está resultando mucho más valiosa de lo que hubiera podido pensar. Su reacción ha sido extraordinaria.

Francesco no pudo evitar una inconsciente mueca de satisfacción cuando Susana se arrojó sollozando en sus brazos.

- ¡Oh, Francesco, perdóname!
- ¿Perdonarte?, ¿porqué?
- Antes, cuando me dijiste lo del profesor... por un momento se me pasó por la cabeza que tú... ¡perdóname!
- Que yo... ¿qué? –la separó de sí sujetándola por los hombros y mirándola fijamente a los ojos; en aquellas circunstancias convenía dosificar los afectos para que fueran realmente útiles- ¿Acaso no te lo había prometido?
- Lo sé, lo sé... pero era tan... extraño que yo... no sé lo que me ha pasado. ¡Perdóname, por favor!
- Los Scarampa no necesitamos mentir. No podemos hacerlo. Cuando sepas más de mi familia verás que todos nuestros negocios se basan en la confianza y en el respeto. Mis socios confían en mí porque siempre digo la verdad, y yo espero de ellos lo mismo. Pero que tú, precisamente tú, dudes de mí aún me duele más. ¿Cómo has podido...?
- ¡No lo sé!, perdóname, por favor.
- No te preocupes. Ahora ya no importa.

La atrajo de nuevo hacia su pecho para abrazarla, seguro de haber sembrado profundamente la semilla del remordimiento, y convencido de que aquel día había comenzado a forjar con ella la relación que quería. Y tal vez hubiera prolongado el fingimiento de su despecho de no haber escuchado un gran estruendo en el taller.

- Es Guillermo –dijo Susana- parece uno de sus ataques.

Sabía, por Susana, que el restaurador había tenido accesos violentos durante los meses anteriores y que éstos habían estado asociados al consumo de alcohol. Él, como hombre de mundo, sabía comprender y hasta disculpar los efectos de una buena borrachera, pero después de haber profanado la Madonnina había llegado a barajar la posibilidad de prescindir del joven o

bien limitar su libertad de movimientos, al menos hasta que pudiera encontrar quien le reemplazara. La inesperada conclusión del utrillo y el aparente abandono de su afición por el alcohol casi le habían hecho dudar de su decisión, pero ahora había demasiadas cosas en juego como para permitir que los desmanes de un petimetre insignificante pusieran en riesgo toda la operación.

- ¡Esto es intolerable!. Debemos poner freno a este escándalo o conseguiremos meternos en un buen lío.
- Apreciaba mucho al profesor. Sin duda la noticia de su muerte debe de haberle vuelto loco.
- Eso no es excusa. Se comporta como un niño y no podemos permitir que destroce todo lo que encuentre a su paso cada vez que se sienta deprimido. Mucho me temo que va a haber que atarle en corto.

Francesco, irritado, ya había comenzado a subir los peldaños de la escalera de dos en dos en dirección al taller seguido de Susana, quien se resistía a soltar su mano.

- Ten cuidado, por favor, se pone muy violento -decía-, pero no le hagas daño. Tienes razón al decir que es como un niño. En el fondo lo es. Ten cuidado pero no le hagas daño.

La puerta metálica de acceso al taller se encontraba descorrida de manera que desde el último tramo de la escalera ambos pudieron apreciar la escena que se desarrollaba en su interior. Desde que el utrillo se hubo acabado aquel espacio había vuelto a configurarse, poco a poco, como el taller de restauración que siempre había sido. Una amplia y pesada mesa de madera permanecía en el centro de la sala y sobre ella un lienzo de Valdés que Guillermo había estado limpiando durante aquellos días. Al fondo de la sala junto a la mesa caliente, sobre la que se acumulaban papeles dispersos, podían verse los restos de los cristales de la cámara de humectación que el joven acababa de destrozar con el pie de una de las lámparas de infrarrojos. En uno de los laterales la larga bancada de obra donde se ubicaban las pilas de agua estaba cubierta por infinidad de recipientes de cristal etiquetados, trapos, hisopos y tisú.

En aquel momento Guillermo, completamente fuera de sí, empleaba todas sus fuerzas en arrancar y deformar una lupa articulada de la mesa con la que barrió a golpes parte de los botes de vidrio de la bancada. Tomó uno de los que había quedado intacto y lo arrojó con fuerza pero sin dirección, yendo a estrellarse contra la puerta, lo que produjo un ensordecedor sonido metálico. Tal vez fuera aquel sonido el que hizo que el joven fijara la vista en

ellos por primera vez y detuviera su frenesí durante un segundo. Susana, aterrada ante el espectáculo, se refugiaba tras la robusta espalda de Francesco a quien no le resultaba completamente desconocido el comportamiento del restaurador por haber sido testigo con anterioridad de su locura.

Desde el fondo de la sala Guillermo inició una lastimosa carrera en dirección a ellos blandiendo el soporte de la lupa al tiempo que profería un aullido histérico. Su mirada inyectada en sangre parecía irradiar furia pero lo endeble de su figura y lo previsible y torpe de sus movimientos resultaban patéticos a los ojos de Francesco. Consciente de su superioridad no hizo ningún movimiento hasta que el joven se encontró a su alcance.

Un solo golpe bastó.

Guillermo cayó con la nariz ensangrentada e inconsciente antes incluso de que su espalda chocara contra el suelo. Allí su figura extendida, con el brazo aún levantado recordaba más a una marioneta sin hilos que a un furibundo atacante. Francesco abrió su puño, ligeramente adormilado por el golpe, esperando la reacción de Susana.

- ¿Qué puede haberle pasado?, ¿porqué quería atacarnos?
- ¡Vete tú a saber!. Lo único cierto es que esto demuestra que ya no podemos confiar más en él. Se ha vuelto un peligro.
- ¿Y qué crees que debemos hacer ahora?
- Dejémosle ahí en el suelo. Cuando despierte tal vez se pueda hablar con él. Por lo demás creo que será mejor separarle del proyecto, por nuestra propia seguridad. Lo mejor será liquidar su relación con la galería cuanto antes. Entonces tendrá dinero suficiente como para establecerse en cualquier otro sitio, cuanto más lejos mejor.

Francesco sabía, y tal vez Susana lo imaginara, que no podían permitir que Guillermo siguiera viviendo, aun alejado de ellos, conociendo como conocía sus actividades. No estarían seguros mientras cupiera la posibilidad, nada remota en alguien tan impredecible como el restaurador, de que alguien pudiera descubrir el verdadero trabajo de la galería.

Era pues imprescindible romper cualquier vínculo con él antes de dar el siguiente y necesario paso y construir una historia coherente a su alrededor, alejándole prudentemente en tiempo y espacio, para evitar que su muerte, garante del silencio que necesitaban, levantara sospechas. Mientras volvía al despacho con Susana para ocuparse de los trámites del profesor Francesco comenzó a sopesar diferentes posibilidades, diluyendo, poco a poco el desagradable sabor de boca que le había dejado la escena del taller.